



EN EL CAMINO,
LA NADA
DIVAGACIONES

María Luz Morán

EN EL CAMINO,
LA NADA
DIVAGACIONES



Primera edición: febrero de 2026

© Comunicación y publicaciones Caudal, S. L.

© María Luz Morán

ISBN: 979-13-88195-02-0

ISBN digital: 979-13-88195-03-7

Depósito legal: M-2922-2026

Editorial Adarve

c/ Luis Vives 9

28002 Madrid

info@editorial-adarve.com

www.editorial-adarve.com

Impreso en España

Yo, señor, no soy buena, aunque he luchado por serlo y, ¿en dónde me metí? En la nada.

Quedé incluso, en la nada misma; en medio de la nada; rodeada de nada; sintiendo nada.

Recuerdo los leños quemándose en el fuego bajo del hogar de mi abuela, en el pueblo.

Yo solo he tenido una abuela y pensaba que era lo normal, tener solo una, pero no, lo normal es tener dos. He aquí un ejemplo de que lo que yo piense no tiene por qué ser lo normal.

Mi abuela Teresa y mi abuelo Francisco se llamaban igual que mis padres, y eso me resultaba tan curioso que lo sacaba a relucir en cuanto tenía ocasión. Rondaba los cinco años y era feliz, feliz comiendo tierra que mi madre, desesperada, intentaba quitarme la costumbre, abandonó: «En tu cabeza has de dar, hija. Mira qué eres terca».

Me gusta el olor de la tierra; «tierra que un día me abrazará», es lo que pienso cuando la huelo o, a veces, la veo, tan esponjosa. ¡Húmeda y oscura en sus capas profundas! Tiene que ser agradable estar abrazada por ella.

Me gusta la tierra, tanto en su capa profunda como en la externa.

A los cinco años nos cambiamos a vivir para la plaza. Dejamos el barrio por la plaza, la tierra por el asfalto.

El día que nos mudamos de casa íbamos felices. Mis hermanos mayores delante, los dos con sus pantalones cortos, seguidos por mi madre que llevaba a Ana, la pequeña, en brazos. Yo iba detrás, la última, cerrando el alegre cortejo.

Cuando llegamos a la casa nueva todo era alegría, pues era muy grande. Nosotros, los niños, jugábamos por las habitaciones mientras mi madre hablaba con unos señores.

Ana y yo jugábamos al escondite y nos escondíamos en unos armarios empotrados, muy grandes, que tenía la cocina mientras mi madre nos llamaba desde el comedor. Hoy le decimos: «¡Gracias, mamá! Nos sacaste de la oscuridad para llevarnos a la luz. Por la vida, con los medios que pusiste a nuestro alcance, por la educación y por el dinero». Comenzamos a ir a la escuela. ¡Hace tanto tiempo que parece que no es mi vida!

Era una escuelita pequeña y a pocos metros de la casa, íbamos todos los del barrio. A mí me producía contento el ir a clase, aunque de aquella no tenía el sentimiento tan grande que luego me produciría la nada, el vacío. Senti-

miento que no se puede llenar ni con psicótropos, porque los psicótropos son la nada.

Me gustaba llegar sola a casa, no esperaba a que mi madre me fuese a buscar.

De este modo me reafirmaba que era suficiente, como los mayores que hacen cosas solos, y para ello solía explorar todos los alrededores del barrio llegando incluso al cementerio.

Me gustaba acercarme hasta allí no sólo porque allí estaba enterrada mi hermana teresa, la mayor de los cuatro, que murió con unos pocos meses, de meningitis, sino porque había un prado enfrente de la ermita totalmente cubierto por espigas que, particularmente es una planta que me obnubila, podía quedar tiempo observándola.

Solía llevar algunas espigas, en un ramo, a la tumbita de mi hermana aunque las más de las veces cogía algunas flores de otras tumbas y se las ponía allí, donde ella.

Mi hermana Teresa se quedó en ese cementerio cuando construyeron el nuevo. Mi madre no encontró los papeles de propiedad, pero a partir de ahí, papel que veía, papel que guardaba por tiempo indefinido.

Ahora el cementerio es un solar en el que van los perros con sus amos a jugar y a distraerse. Allí está enterrada mi hermana Teresa, «rubia como un querubín», decía mi madre.

Empecé pronto a prepararme para la vida, a dominar mi cuerpo, a fortalecer la mente. Eran como juegos que hacía en diversas ocasiones y en distintos lugares. Mi madre nos obligaba a ir a misa los domingos, teníamos la iglesia a tiro de piedra e íbamos, teníamos que hacer la comunión.

Yo resistía el dolor de las rodillas al estar arrodillada, me quedaba en esta postura hasta que ya no dolía, o me quedaba de pie hasta que no sentía los huesos de mi espalda. No sé el porqué de estos juegos, pero eran comunes en mí, como el aguantarme el hambre, entre otras cosas.

Cuando dejaba de sentir la parte del cuerpo que en un momento dado estaba sufriendo, me envolvía una especie de nada, de obscuridad, de vibración monótona que por supuesto, había que superar.

Entré muy niña a estudiar en un buen colegio, de renombre. Mi madre estaba contenta, yo diría que orgullosa de ella, de sus hijos y de la vida, que parecía que resultaba amable.

También desde muy temprano comencé a trabajar, primero fueron las tareas de casa, era tan pequeñita que me subía a una banqueta para poder fregar los cacharros. Los fregaba todos, los de los comensales, todos excepto la tarterilla de hervir la leche. No soportaba el olor y mucho menos la capa gruesa de nata que quedaba por sus paredes.

Empezamos pronto, mis hermanos y yo, a trabajar la tierra, hacíamos recolección: almendras, manzanas, vendimia. Nunca nos quejamos, excepto en la adolescencia.

Era la vida que me había tocado, podía desear la de cualquier niña de mi cole, que no trabajaba, pero no sería lo mismo, tendría que dejar de vivir con mis padres y hermanos y eso no, no quería. Quería demasiado a mi familia, hubiese dado la vida por cada uno de ellos.

Es verdad, yo hubiese dado la vida por el prójimo siempre, hasta en la juventud. A partir de los dieciséis dejé de hacerlo, no es que me volviera egoísta en extremo, si no que no amaba tanto la vida como para hacer semejante acto.

Además de aquello, luchaba con mis demonios, me imaginaba en un juicio final en el que hacía alegatos para salvar mis actos, mis pensamientos traducidos luego en hechos, y para salvarme a mí de un abismo seguro y poder gozar de la claridad y la armonía de mis fuerzas interiores.

En realidad, siempre estuve defendiendo cualquier hecho que me asaltase en el momento.

Que si una compañera estaba castigada por hablar, yo, en mi interior y en mi exterior también, cuando procedía, la defendía ante la sor con todo tipo de argumentos y si me quedaba sin ellos, entonces repartía la culpa. Castigar a la que habló por contestar y a la que preguntó y si la cosa se terciaba, castigar a toda la clase, pues todas teníamos esas ganas de hablar y nos entregábamos a un suave murmullo que tal vez, pero para mí alegato seguro, que la compañera en cuestión no pudo oponer resistencia a esa fuerza ambiental. En consecuencia, una víctima, y ahí enlazaba con otro alegato.

Siempre estaba defendiendo, me decían que era defensora de las causas perdidas y era cierto, no iba a lo fácil, iba a lo perdido y casi siempre por pena, por empatía con el perdedor, pues psicológicamente eso era un trauma, un pequeño trauma, tan leve y pequeño que nos suceden un sinfín de ellos al cabo del día.

No solo defendía lo que tenía más cercano, defendía cualquier circunstancia que viese, si no era para mí y mi mundo, era para el resto. El de una mujer en el mercado que pedía un precio por su producto y la señora que compraba le decía que no. En fin, de cualquier índole,

en cualquier circunstancia, fuese bueno o malo. También defendí al demonio, a Luzbel y a Adán y a Eva.

En resumen, todo, y me gustaba, hubiese sido buena en eso, pero prefería sentenciar. Hubiese estudiado con gusto la carrera judicial, y de hecho estuve en un tris de hacerlo cuando acababa segundo ciclo de primaria, antes del bachillerato, pero me cruzaban pensamientos de que juez solo es Dios, con mis alegatos por supuesto y me quedé en la nada de no saber qué hacer con mi vida, hacía dónde encaminar mis pasos, a qué dedicar los días, días que llegarían y que por tan lejos que estaban era imposible que ese futuro se hiciera realidad. Y lo que resultaba, lo que estaba en medio de mí, o sea del día presente y de futuro, del día lejano, era la nada, la nada en mi cabeza y la nada en el tiempo.

¿Cómo llegarán esos días? Si yo vivo, esto es, me despierto todos los días con las mismas o nuevas tribulaciones y ya no está el tiempo ahí, a la espera, ya no es «haré», sino «hago», ya no existe el futuro.

Cómo es posible que yo ande, camine en la nada, si ya no es el futuro. Es el hoy en el que tengo que escoger situaciones, reflexiones, metas, palabras para poder andar este día en el que estoy inmersa, el cual está rodeado de fumarolas de las que emiten neblina y no está nítida la luz del día, la claridad del momento y el vislumbramiento de un futuro, otro que no ha llegado y que llegará.

Todos son futuros, un futuro que es la antesala de otro futuro, todo es inalcanzable, siempre hay que contar con el tiempo, ¡maldito o bendito tiempo!

Tal vez por esto soñaba, dormida, con que no podía alcanzar la comida.

Estábamos todos, mis padres y hermanos sentados en la mesa, era la hora de comer y yo tenía que coger los alimentos y servirlos, tanto para ellos como para mí y nunca los alcanzaba. Era una eternidad el brazo extendido hacia la jarra de agua, por ejemplo, y nunca llegaba.

El no coger las cosas de la cocina me marcó, fue una de mis primeras angustias y de las más fuertes, ¡era tan niña!

Palpaba la nada, la sensación de estar en un punto y no llegar al siguiente. Ver los puntos nítidos pero la línea que los une no, está difusa. El estar a la mesa y la jarra de agua son dos puntos nítidos de un vector, más el brazo extendido que sigue la dirección, no. Está difuminado a la percepción y sí, me imbuje a mí, a la persona que es parte del primer punto, del punto de salida.

Me inunda la sensación de vacío, de la nada, que se va haciendo cada vez más extenso hasta producir en mi cuerpo sensación de peso, que acaba despertándome con el cuerpo rígido clavado al colchón e imposible de reaccionar.

Esa es la nada, nada que la llevaba a lo largo del día, entrando en la cocina y llevando y trayendo objetos de la mesa a la encimera, comprobando que se puede hacer. Y si lo podía hacer en este sistema, también lo podría hacer en el sistema onírico. Todo es cuestión de tiempo.

Tiempo el que me ha llevado a comprender qué hago uso del libre albedrío muy a menudo. Mis decisiones, mis cambios de rumbo están consensuados conmigo, en lo más íntimo y profundo elijo.

Sé de un modo objetivo, el rumbo de mi vida. Es algo que me viene dado y que, con mucha anterioridad, yo voy eligiendo; situaciones, momentos que viviré y peticiones. Peticiones que elevo al cielo y entre alegatos y recursos voy dibujando el camino de mi vida, siguiendo el trazo general.

Por eso no pido cuentas, yo lo elegí, es mi acierto o error, lo asumo y lo asimilo subjetivamente. Y esto no es la nada, es el grano.

Lo que siempre sentí es un profundo, muy profundo, miedo a fallar, mucho más miedo a fallar que a equivocarme. Si me equivoco puedo corregirlo, antes o después, pero ¿si fallo? ¿Si no hago lo estipulado? Si me entra la cobardía y me echo para atrás. O el acomodo, o en el último caso, ¿si me olvido? Aunque esto último parece improbable, pues la vida te lleva y lo tuyo te lo da, en un momento o en otro y si hay algún fallo te corrige, pero lo que es tuyo, tarde o temprano, acabas tomándolo.

Siempre he tenido muy presente el cuadro de Goya titulado *Dos de Mayo*, en el que la figura principal se entrega a la muerte con los brazos extendidos, a pleno pecho. Es una forma de entregarse a la muerte pero, llevándolo a un terreno personal y habiendo superado etapas en que la muerte me rondaba, encuentro hoy que puede ser correlativo a la vida. Esto sería, contraponerse a la muerte porque hay que ser muy valiente para aceptar la vida. Hasta en los exámenes difíciles se me aparecía, nítida, la imagen del fusilamiento. En las situaciones difíciles.

Al poco de situarnos en el domicilio hice la comunión, mi madre siguió la rutina; se hace la comunión, pues vosotros hacéis la primera comunión, no se hable más.

En días especiales mi madre hacía almendrados, montones y montones de almendrados que nosotros devorábamos.

Comíamos, los invitados y nosotros, en el comedor, en una mesa larga en la que cabíamos todos. Recuerdo los almendrados y el roscón que mi padre mojaba en vino. Yo sigo haciendo almendrados y veo a mi madre, joven, faenando la masa y cortando las obleas.

En misa me producía envidia la gente mayor, la que ya había pasado por esa situación de «primera comunión», ¡ya tenían muchas formas en su estómago! Que yo miraba con envidia, calculando la cantidad de ellas que podrían tener y cuántas podría tener yo.

En ese problema estaba, qué había que hacer para tener cantidades ingentes de ostias sagradas en el estómago, y apareció una variable, la variable reina: «tiempo». Solo es cuestión de tiempo. El presente que es lo que tengo, realiza mi deseo que entra en el marco del futuro, de mañana que ya no es hoy. Y qué necesito para que se realice: tiempo. Y es aquí que vuelve a aparecer la nebu-

losa ante mí. ¿Qué es el tiempo? ¿El hoy o el mañana? ¿La línea que une los dos puntos? Pero ya no hay línea, siempre es hoy. ¿Cuándo es mañana? ¿Cómo puedo saber que hoy es mañana, o dicho de una manera más fácil, que el mañana es hoy?

El tiempo era el muro que yo tenía. Un muro incomprendible, pues quería alcanzar el mañana sin haber vivido el hoy. Sin haber hecho el movimiento.

El tiempo para mí era el movimiento, el movimiento del sol, el sol que contabiliza los días. Hoy no es ayer porque el sol se ocultó, si no se ocultase sería siempre el día de hoy, lo reduce a eso.

¿Quién soy yo? Lo que ahora soy o lo que, sin remedio, seré.

Me dejo llevar por las situaciones que se vislumbran ante mí para ser elegidas. Siempre dos opciones, como si fueran dos puntos A y B para llegar a C. Aunque esto lo tengo claro, ¡no puedo quedar en mí! En que soy fulanita, si no en lo que debo hacer.

Vale, de acuerdo, ahora estoy aquí, en este mundo de formas. Tengo que ir más allá y no solo dejarme llevar por el arrullo del ser, en toda su inmensidad, en que yo, Mariluz, soy yo porque elijo esto de la vida. Elegí, por poner un ejemplo, ir al cine en lugar de ir a jugar a la plaza. Y esto me define, estas elecciones hacen que yo sea yo, que sea diferente de mi amiga, de mi hermano, del vecino. Y tengo que ser completamente, esto es mi segunda meta.

Estaría bien para ser yo completamente estar llena de mí, mis propios gustos y elecciones, no condicionada por la banalidad y la frugalidad de los momentos.

Quiero un momento duradero, ¡por lo menos que dure dos días! Para saborearlo mejor, para que me dure en la memoria. ¿Qué son los momentos si la mayoría de ellos los olvidamos? ¿Dónde estoy yo en esos momentos que quedan olvidados? ¿Estoy inexistente? ¿No existo porque no me acuerdo, porque se me han olvidado los días vividos de hace un año? ¿En dónde quedaré cuando sea mayor? ¿En dónde mi cuerpo, en dónde mi forma de pensar?

Yo elijo. Elijo caminos que me llevan al punto final, al punto C de mi vida. Ese es mi libre albedrío: elegir una opción de dos que me vienen dadas, ¿es eso libertad? O libertad es hacer las opciones mismas y luego elegir las. Me pongo en meta ser maestra, de aquí a que lo consiga estaría eligiendo opciones, caminos, asignaturas... ¿sería libertad y libre albedrío a la vez?